

13/7/932 - Año V - N° 223

Javier de Viana

Dolorosas reflexiones

Nuestro culto y estimado colega «La República», de Paysandú (R. O. del U.), comentando el olvido, la ingratitud y la desconsideración para los artistas de positiva valía, recuerda «el caso» de Javier de Viana y pregunta:

«¿Dónde queda el tan gritado patriotismo de los gobiernos frente a los casos angustiosos de los intelectuales — exclusivos forjadores de la riqueza espiritual de una nacionalidad — «condenados a morir de hambre», por la dureza irritante de las circunstancias y la ordenación ridícula de la cosa social?».

«El vigoroso cuentista del terruño — agrega, — que tantas páginas inmortales ha producido para la literatura americana, uno de los valores más subidos de nuestra intelectualidad contemporánea, quizá el más difundido y gustado de todos nuestros hombres de letras, se está muriendo de hambre, exento hasta de los más imprescindibles recursos económicos.»

«Es entre los intelectuales del vecino país de donde parte el gesto noble y levantado de humanitaria ayuda para con el autor de «Gaucha», «Macachines», «Leña seca» y tantos otros volúmenes inmortales.»

«La República» ha sabido precisar, con meritorio acierto, una característica penosa de estos pueblos, singularmente visible en el Uruguay, donde los hombres de valía — excepto los políticos — solamente reciben después de muertos la consagración o los honores que sus esfuerzos merecen.

Javier de Viana, en efecto, vive en Montevideo casi olvidado; y ni una de las flores que cubrirán su tumba ha llegado a su mesa de trabajo; ni una de las lamentaciones que se oirán en sus exequias se exterioriza hasta hoy en un gesto de simpatía, de cariñoso halago, de bien ganado reconocimiento.

Javier de Viana estuvo ha poco gravemente enfermo; estuvo, pues, a un paso de la glorificación.



CONOCEDORA

—¿Por qué no le dan una pelota a cada bando? Así no se pelearían.

Su fuerte naturaleza venció el mal, y vive y envejece en la soledad y en el olvido.

Quiso ir a su tierra cuando sintió el frío de las últimas jornadas. Y su tierra, amorosa, recogerá un día su cuerpo con ternura maternal. Pero sería bueno y justo que los hombres no se mantuvieran distraídos y ajenos a la tragedia de una vida preciosa por sus frutos, que a todos deleitaron y que ninguno pagó como debía!

Richelieu y el postulante

Un cortesano que deseaba obtener la orden del Espíritu Santo importunaba a Richelieu.

Como no pudo hacer valer ningún servicio de guerra en época de Enrique IV ni de Luis XIII, el cardenal dijo al pediguño:

—Verdaderamente, señor, me admira que no habiendo servido ni al padre ni al hijo, piense usted en el Espíritu Santo.

ARCHIVO
LITERARIA
URUGUAY

